

Añoranzas, recuerdos, evocaciones

JAIME CHAVEZ G.

Conocí a los hermanos Garcés de Otavalo -Gabriel, Enrique, Reinaldo- hace muchos años e hice con ellos una amistad incomparable. Gabriel y Enrique, luego de obtener en un colegio de Ibarra el título de bachilleres, vinieron a Quito a fin de cursar en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central el uno y en la Facultad de Medicina el otro. Muy pronto Gabriel y Enrique entraron en el mundo del periodismo y prestaron servicios, también por largos años, en el inolvidable y afamado Diario "El Día" que dirigía don Ricardo Jaramillo. Allí, en ese mundo de tantas redes y encrucijadas, tuvo lugar nuestro encuentro definitivo. Allí se hermanaron nuestras esperanzas y nuestros rumbos. Y seguimos entonces por los mismos caminos persiguiendo las mismas metas. Disponíamos de una gran energía: la de la juventud y la de una buena suma de inquietudes de orden intelectual o cultural .

Un estado de postración pasajera me impidió estar presente en los funerales de Gabriel Garcés en 1965, pero hice el elogio del gran amigo en las columnas del Diario "El Comercio". En 1976, en el acto de homenaje que el Ministerio de Salud Pública rindió a la memoria de Enrique Garcés tuve una intervención emotiva saturada de añoranzas, recuerdos y evocaciones. Antes por la muerte de Gabriel y ultimamente por la de Enrique mis palabras solo pudieron ser de conmoción espiritual.

En esta oportunidad y de acuerdo con la gentil invitación que se me ha

hecho, mi referencia es especialmente para Enrique Garcés, el hombre, el intelectual, el colega del periodismo que fue enemigo ejemplar para lo que se ha denominado el tiempo inmóvil. En verdad, Enrique pudo aceptar todo, menos la inmovilidad infecunda, la quietud improductiva. Lo que le caracterizó precisamente fue su espíritu absolutamente inquieto, rico en ilusiones, proyectos, iniciativas, en aventuras siempre nobles, a veces desorbitadas. Jamás comprendió aquello de la marcha sobre el mismo terreno. No, de ninguna manera, porque él iba, agitado, vehemente, de un sitio a otro, de un campo de horizontes claros a otro de cielos encapotados. Nunca dio por terminada una misión, de manera que seguía adelante con tenacidad y euforia.

Con frecuencia se manifestaba burlón y alegre, nadando en un mar de confianza y optimismo, pero no dejaba, de repente, de entregarse al desaliento. No entendía, no quería ni podía entender las manifestaciones de la injusticia llevada a los peores extremos. ¿Por qué, pero por qué sucede todo eso, toda esa monstruosidad?, se preguntaba aradamente al referirse a hechos y experiencias tan comunes, en el campo de la problemática socio-económica. Gritaba entonces su amor por lo justo y gritaba más porque se daba cuenta que en el mundo de los mercaderes tienen pocas o ninguna resonancia las declamaciones sinceras, desinteresadas, de buena voluntad.

Su misma, apasionada inquietud, infundía alegría en ese ambiente, en esa casa de recuerdos imborrables que fue el Diario "El Día". Era conveniente trabajar con su compañía porque muchas veces nos ponía a salvo de dudas y temores. El Diario era combativo, enérgico, vibrante, y esto le satisfacía totalmente a Enrique Garcés porque se sentía en el medio que le correspondía. Fuera de "El Día", Enrique respiraba trabajosamente o se manifestaba incómodo. Pero no por esto permanecía inmóvil, ni mucho menos. Al contrario observaba e investigaba por todas partes, siempre curioso, siempre con el deseo de descubrir o aprender algo nuevo. Por esto mismo afirmamos en todo momento que Enrique aprendió a conocer la vida, viviéndola, viviéndola intensa y hasta dramáticamente.

Fue un indigenista, no de academia ni de investigación técnica, sino de pasión desbordante y altiva y creyó en la causa de los indios, resueltamente. Por esto se explicó el seudónimo de Tupac-Amaru que usó para sus artículos de

periódico y más tarde toda su propaganda para el héroe Rumiñahui del que habló con orgullo, en alta voz. Su inclinación por la medicina social que no se ha comercializado le llevó a concretar su admiración por Espejo cuya biografía la escribió buscando fuentes de documentación e insistiendo en su estilo de admiración por lo grande o por lo que ha significado grandeza en el proceso de formación de la nacionalidad ecuatoriana.

Su ánimo a veces juguetón y travieso, aparentemente no se armonizaba a veces con la seriedad acaso prematuramente definida como la nuestra. Pero había en lo esencial la armonía de los contrastes de manera que la euforia de Enrique y nuestra duda metódica se complementaban y daban al final una sola impresión: la de objetivos comunes que perseguíamos con distintos estilos pero con el mismo plan. De esta manera el equipo de "El Día" trabajaba con toda la coordinación indispensable. Gabriel y Enrique Garcés, Jorge Reyes, Fernando Chávez Julio Troncoso, Carlos Anibal Jaramillo y yo tuvimos la misión de romper lanzas con las falacias de la política, el imperio de oligarcas siempre disfrazados de patriotas o de patricios, las explotaciones y desigualdades temerariamente injustas, y la misión fue cumplida, momento a momento, con las manifestaciones de júbilo de Enrique Garcés, con su insignia de buen honor.

Fue tan densa la idea de posición periodística que habíamos asumido y tan abundante en situaciones de peligro y de coraje, que nos pareció que en ese período habíamos vivido largamente y que aquello fue hace una eternidad. Las experiencias quedaron sembradas, las jornadas fueron terminándose una a una y al llegar al otoño, para los que se fueron, como Enrique Garcés, solo queda de nuestra parte el tono solemne pero suave de la añoranza. Desde nuestro atardecer todavía columbramos aquella luz mañanera en la que se bañó el alma del amigo inolvidable.